

LOS ARAHUCOS DEL RÍO NEGRO*

Esteban E. Mosonyi
Escuela de Antropología
Universidad Central de Venezuela

1. Consideraciones generales y clasificación lingüística

Los arahuco del Río Negro conforman un complejo étnico que imprime su sello característico a toda la parte occidental de nuestro Territorio Federal Amazonas. Son un conjunto de etnias íntimamente relacionadas y –dada su gran semejanza socio-cultural– no sería tal vez aventurado concebirlas como una sola etnia compleja multilingüe. En efecto, sería difícil encontrar una sola característica relevante de cualquiera de estos grupos étnicos –*curripacos*, *piapocos*, *guarequenas* y *aviteros*, *banivas* y *barés* por más señas– que no sea por lo menos parcialmente compartida por todas las demás. Este aserto resulta plenamente comprobado tanto por los precursores de la actual antropología venezolana –Martín Matos Arvelo y Lisandro Alvarado entre otros– como por los investigadores contemporáneos, entre ellos los antropólogos Omar González y Rafael López.

Como vemos, las denominaciones son múltiples y los idiomas también. La lista de etnias que acabamos de ofrecer tiene la ventaja de ser casi exhaustiva para la Venezuela actual, además de utilizar como criterio diferenciador el conjunto de lenguas habladas por esta población. Cada uno de los nombres étnicos designa un idioma plenamente autónomo, un sistema lingüístico perfectamente diferenciado de los demás. Al mismo tiempo todas las lenguas pertenecen genéticamente a la misma rama de la familia arahuca –la sub-familia arahuca del Río Negro– la cual se ubica a grandes rasgos en las regiones limítrofes de Venezuela, Colombia y Brasil, siguiendo siempre el eje Guainía-Río Negro.

Todos los idiomas presentan una similitud considerable en materia de estructura gramatical, vocabulario y –en menor medida– fonología. Dentro del conjunto hay idiomas más estrechamente emparentados entre sí que con el resto del grupo. Así, el piapoco y el guarequena son sumamente similares; lo mismo cabe decir con respecto al binomio yavitero-baniva. El baré se en-

* Con la excepción de algunas referencias colaterales el presente trabajo se refiere en forma casi exclusiva a la población arahuca rionegrera asentada en Venezuela.

cuentra relativamente aislado y el curripaco –dividido en dialectos *curri* y *carro*– muestra también una personalidad muy acusada, pese a sus amplias coincidencias con el piapoco.

Estas lenguas presentan características fonológicas bastante llamativas. El baniva es una lengua ligeramente tonal. En ella se distingue, por ejemplo *úuruniá* (él espera), pronunciado con dos acentos de tono alto, y *úurunià* (nosotros esperamos), con un acento de tono alto y otro de tono bajo. El curripaco, el baré y el guarekena presentan una diversidad de oclusivas aspiradas; el último comporta incluso aspiradas sonoras, fenómeno muy raro en las lenguas de América y poco frecuente aun a escala universal. Ej. *bjúisi*: ojo (transcripción nasales y laterales sordas). En general, las oclusivas se pronuncian con gran fuerza articulatoria.

En el léxico se notan muchas semejanzas en el vocabulario básico y general, pero también innumerables diferencias. Ej.: la palabra «agua» se dice *wéeni* en yavitero y baniva, *úun* en piapoco y curripaco, *úni* en guarekena y baré. Dicho sea de paso que la forma *wéeni* es muy reminiscente del *wüin* guajiro, lengua arahucana del extremo norte de Suramérica. Para ejemplificar las diferencias utilizaremos la frase «mujer buena»; *néeyawa ané-tuali* (baniva) *íinaru matsiádali* (curripaco), *inanái kayaabéeri* (piapoco). Este solo ejemplo nos demuestra fehacientemente que no hay posibilidad de intercomprensión espontánea entre los hablantes de estas lenguas (a pesar del parentesco genético entre *íinaru* e *inanái*, que significa *mujer* en curripaco y piapoco respectivamente).

Es en el plano morfosintáctico donde el parentesco se demuestra en forma más evidente y contundente. Sólo ponemos un ejemplo: los prefijos pronominales *nu-*, *pi-*, *i-*, *wa-*, (primera persona singular, segunda persona singular, tercera persona singular masculina, primera persona plural, respectivamente), los cuales se repiten –con ligeras variantes– en todos estos idiomas: *nuwèyá*, *piwèyá* (yo quiero, tú quieres, en baniva), *nuwáwa*, *piwáwa* (yo quiero, tú quieres, en piapoco).

En suma, aunque el parentesco genético de estos idiomas es evidente e incuestionable, es igualmente cierto que entre ellos median dos o más milenios de separación en algunos casos. Con todo, sus rutas migratorias no parecen haber divergido mucho, desde un principio: Todos estos pueblos constituyen un importante *sedimento arahuaco* cuyo núcleo de dispersión originario bien pudo ser la Amazonia Central. Por otra parte, en las últimas décadas –y muy especialmente a raíz de la explotación del caucho, chiquichique y pendare– se han dado nuevos movimientos de población que han acercado nuevamente algunas de estas etnias. Ha llegado a producirse hasta su convergencia en algunos centros urbanos, como es el caso notorio de San Fernando de Atabapo.

Durante el resto de esta exposición tendremos muy en cuenta que estamos frente a una cultura única –con sus variantes– que cubre el área del Río Negro y sus afluentes, y que históricamente se extendía mucho más al norte

hasta la zona de los maipures –hoy día extintos– y los achaguas, también muy poco numerosos en la actualidad, según comunicación informal de Omar González. No deja de ser importante anotar aquí la continuidad étnica y geográfica entre los achaguas y los antiguos caquetíos. En esta conexión hay que señalar una semejanza muy marcada de los topónimos barés del Amazonas con los de origen caquetío del Edo. Falcón. Cabe también llamar la atención sobre grandes similitudes entre estas culturas arahuacas y las de poblaciones contiguas no pertenecientes a esta familia como por ejemplo los puinaves. Pero no podemos extendernos ahora sobre estos vínculos de alta significación etnohistórica.

2. Organización Social y Política

Para comenzar a caracterizar este sedimento arahuaco en términos socioculturales, diremos algo acerca de su organización social y política. Estos pueblos arahuacos se rigen por sistemas clánicos patrilineales que poseen animales totémicos, sin entrar ahora en detalles teóricos sobre el totemismo y problemas similares. En cuanto a su organización política, se trata de grupos humanos flexiblemente organizados, bastante penetrables por otras sociedades. Carecen de la rigidez de las organizaciones político-sociales de tipo caribe y por lo tanto su estabilidad frente a los procesos aculturativos llega a ser menor que la de aquellas sociedades. Es importante observar en relación a este problema que los arahuacos del Río Negro con mucha facilidad ligan su sangre, aceptan el mestizaje a tal punto que el fenómeno del mestizaje ha contribuido a la deculturación y dispersión de estos grupos y a cierta criollización de los mismos. La jefatura en el seno de estas comunidades suele ser bastante flexible y de carácter poco coercitivo. De manera que el ascendiente del jefe sobre la totalidad de la población es de carácter persuasivo y no compulsivo como ocurre en organizaciones más fuertes y rígidas.

Otra de las personas extremadamente influyentes en estas comunidades es el especialista mágico-religioso –mariri en baniva– quien funge de curandero e intermediario entre el mundo sobrenatural y el mundo real. También existen otros especialistas como el dañero –el ejecutor de los castigos– quien es la persona encargada de suministrar las sanciones a los individuos de conducta desviada. En muchos casos el procedimiento utilizado por el dañero es el envenenamiento de aquellos a quienes la comunidad o algunos miembros de la misma juzguen indeseables. Esa forma extrema de eliminar la discrepancia en el seno del grupo parece haber ganado terreno en los últimos años, debido a la acentuación de la desintegración y desorganización sociales, corolario del proceso aculturativo y de criollización de muchas de estas comunidades rionegreras. Es indudable, por otra parte, que anteriormente tales procedimientos de sanción de la conducta desviada no acarrearban tanta acentuación de los conflictos ni creaban inestabilidad en el seno de los conglomerados humanos. Actualmente, en cambio, la utilización y su-

ministro de venenos mortales ha traído consigo la migración de numerosas familias de importantes comunidades entre las cuales tenemos a Maroa, sede principal de la población baniva, una de las más representativas de esta área cultural. Hay que señalar que ya en tiempos de Humboldt, Maroa era un pueblo de cierta importancia.

En cuanto a la división del trabajo por sexos, el hombre se dedica a la cacería, la pesca, la tala y la quema de monte. La mujer se ocupa fundamentalmente de la siembra, la cosecha, el acarreo de los productos, el cuidado de la casa y de los niños. La artesanía la comparten ambos sexos. En estas sociedades el estatus de la mujer es bastante elevado. Aunque aparentemente permanece discretamente apartada durante las decisiones tomadas por asambleas de hombres, la mujer está muy atenta a todo lo que acontece a su alrededor. Y en los momentos más informales, su consejo puede tener un peso tremendo en la marcha de los asuntos de la comunidad.

Hay que agregar que se encuentran indicios –como la muestra por ejemplo la organización matrilineal de los arahuacos de la Guajira– de que la descendencia patrilineal de las comunidades rionegreras sea un hecho quizás no muy antiguo. Entre tales indicadores, tenemos la observación por parte de estos grupos, aún hoy, de la llamada *covada*, en la que el padre de familia simula sufrir dolores durante el alumbramiento del niño y acompaña a su esposa en el transcurso del parto como parte del proceso reproductivo.

Tenemos en el seno de estas sociedades ceremonias de iniciación masculinas y femeninas bastante fuertes, que conducen a la fijación de reglas de conducta por parte de sus miembros adultos. En la iniciación de los muchachos –conducida por el chamán o «mariri»– las mujeres deben estar ausentes, so pena de perder su vida a manos de los dañeros. En la ceremonia iniciática se les inculca a los adolescentes la necesidad de trabajar, respetar el derecho ajeno, no dedicarse a prácticas adulterinas que también se sancionan severamente, no robar ni andar pidiendo. Trátase de principios que en lo fundamental son ampliamente respetados aún hoy por estos colectivos humanos. A fin de formarnos de todo esto una idea más concreta, veamos algunos detalles de la ceremonia de iniciación de las niñas curripacas, tal como la recoge el Padre Jorge Toso en la revista «La Iglesia en Amazonas» (n.º 6 pág. 31) «Al llegar la niña al primer período, la mamá la encierra en una choza completamente aislada, donde permanece por espacio de un mes sin hablar con nadie excepto con la mamá o una familia que le entrega la comida consistente en yukuta y agua. Concluido el aislamiento y el silencio, la muchacha es llevada en presencia de sus «tíos» que están armados de látigos de cuerdas con nudos en las puntas. Es sentada en el medio de sus «tíos» y comienzan a darle consejos como éste: para que recuerdes que la mujer tiene que trabajar por su familia (golpe de látigo); para que recuerdes que debes ser fiel a tu marido (golpe), para que recuerdes que debes mantener limpio el hogar (golpe)... Al terminar los consejos y bien vapuleada, le dan alimento y la llevan a bañar y adornarse y, si ya está comprometida, la entregan al esposo. También se prescriben tabúes alimenticios durante el período inmediatamente posterior a la iniciación.

En cuanto a los tabúes es necesario nombrar el profundo respeto que estos pueblos guardan hacia ciertas especies animales, muy particularmente hacia las toninas, que no se deben tocar y mucho menos consumir como alimentos.

3. Economía Tradicional.

La economía de estas poblaciones es enteramente típica para la región amazónica. Consiste básicamente en el cultivo de conucos o rozas –agricultura itinerante– junto a otras actividades complementarias tales como la cacería, la pesca y la recolección. El canuco es de carácter rotativo y en él se entremezclan plantas muy variadas cuya antigüedad en el medio la atestigua el nombre indígena de diversas especies vegetales. Esto denota la filiación arahuaca o al menos autóctona de tales cultivos, como es el caso del maíz, de la caña de azúcar, de la piña, del ocumo y otras especies. Entre los productos recolectados tenemos el yurí, el yuco, el pijiguao, el túpiro –de alto valor nutritivo– junto a diversas variedades del seje y de la manaca. Sin embargo es necesario aclarar que actualmente la base alimenticia la constituyen –como en otras partes– los productos de la yuca amarga, entre ellos el cazabe, el mañoco– harina de yuca tostada de consistencia granulosa– y la yucuta –mañoco mezclado con agua–.

Estos productos elaborados a base de la yuca amarga cuentan con la tecnología milenaria de la extracción del yare –líquido venenoso– mediante la utilización del sebucán, instrumento muy generalizado en el área. En cuanto a la provisión de proteínas, la alimentación se complementa con la cacería y la pesca. Hay multitud de especies que aún hoy se cazan, tales como el báquiro, el chácharo, el cachicamo, la lapa, el oso hormiguero, el tigre, el babo, la iguana. Se pescan la palometa, el bocachico, la vieja lora, el bagre, el lau-lao, junto con diversas especies de tortugas. Se puede decir que a pesar de la pobreza del suelo, que nunca ha permitido el despliegue de una agricultura muy productiva, el conjunto de actividades y el modo de producción –en general– de estos pueblos permite un buen nivel nutricional. Esto se percibe a través del buen estado físico de estos indígenas, que incluso puede conllevar una tendencia a la gordura entre las personas adultas y mayores de las comunidades. En los últimos años se ha agravado notablemente el abandono paulatino de las actividades agrícolas, así como los inconvenientes surgidos de la situación fronteriza de estas poblaciones. La aplicación de una serie de controles de corte proteccionista por parte de las autoridades –en especial por la Guardia Nacional– ha llevado a la restricción de la agricultura, la caza y la pesca. Y por consiguiente, el empobrecimiento de la dieta. Ha surgido algo que antes no había existido: la presencia del hambre, de una mala alimentación crónica, la cual a su vez estimula la progresiva migración y abandono de la zona por parte de las diversas comunidades de habla arahuaca del Guainía y del Río Negro.

Como hecho ilustrativo citaremos el caso de los banivas de Maroa. Ellos

estaban acostumbrados a cultivar bien y abundantemente en las márgenes del Caño Aqui. Actualmente el gobierno Colombiano, al cual pertenece el Caño Aqui en su totalidad, ha desalojado en su celo nacionalista a los cultivadores banivas. Mientras tanto, las tierras prometidas por las autoridades venezolanas en el Caño Cheni todavía no han sido entregadas y mucho menos se ha implementado la agricultura en esas extensiones cultivables.

Por lo cual en Maroa, semejantemente a otras comunidades, la agricultura está paralizada y deficitaria. La población tiene que depender cada vez más de alimentos enlatados y de otros productos poco convenientes y nada saludables. Esto se agrava por la falta de fuente de empleos que sustituyan el modo de producción basado en la agricultura y en las actividades complementarias que conforman el estilo de vida tradicional no solamente de los banivas sino de todas estas poblaciones arahuacas.

Es necesario insistir al máximo en que el cultivo de conucos –tal como lo practican estos pueblos– es un sistema bien adaptado a la relativa pobreza de los suelos en esta parte de la región amazónica. Impide el desgaste y la erosión de la capa vegetal gracias –en buena parte– a una migración circular y periódica que al cabo de cierto número de años– que más o menos equivalen a una generación humana– permite el retorno a los conucos originales y a su nueva puesta en producción por parte del mismo grupo que los había abandonado una veintena de años atrás.

Hacemos hincapié en que la mejor forma de coadyuvar al mejoramiento de la agricultura amazonense es a través del aprovechamiento de esa experiencia milenaria. El conuco, tanto por su sabia rotación como por la presencia de distintas especies vegetales en dosis apropiadamente distribuidas en forma entremezclada, posibilita un buen aprovechamiento de las sustancias nutrientes del suelo. Si se procede a una agricultura mecanizada o, más aún, a una ganadería de tipo convencional, estamos seguros de que estos suelos bastante pobres de los alrededores del Río Negro podrían deteriorarse hasta provocar la progresiva desertificación de la zona.

4. Tecnología y Cultura Material

En cuanto a la tecnología tradicional, los recursos utilizados por estos pueblos son bastante parecidos a los de otras poblaciones de habla no arahuaca. Su artesanía elabora instrumentos de uso común: el chinchorro, el taburete, el mapire, el manare, el catumare, la guapa. Entre las armas la cerbatana tiene mayor importancia que la flecha, y también se utilizan abundantemente la lanza, el arpón y el anzuelo. Se emplean además el cacure (trampa) y distintas variedades de barbasco para la pesca. El curare es de uso igualmente generalizado. Poseen trojas para mantener alimentos al aire libre y para guardar en la casa toda clase de enseres. Existe un trapiche manual para extraer el jugo de la caña de azúcar. Hoy por hoy las armas tradicionales han sido sustituidas en gran parte por las armas de fuego como la escopeta y la bécula. También es de uso común el cuchillo, el hacha, el machete

y la chícora, como instrumentos primordiales de la actividad agrícola: Al igual que en otros grupos amazónicos, la agricultura es de tala y quema.

En la preparación del cazabe encontramos el budare, el rallo –ya metálico– y el sebucán que se fabrica según cánones tradicionales. Hay diversos tipos de cestas y canastas que sirven para sacar, guardar, transportar y manipular los productos agrícolas y los objetos más variados, desde el cazabe y el mañoco hasta los niños más pequeños. Hay canoas que se destinan para la fabricación de la bebida más importante de estos pueblos que es el yaraque, hecha de yuca y muy común en toda la zona. El yaraque o yalaki puede ser fermentado y en tal caso llega a tener un débil contenido alcohólico. Otra clase de bebida ampliamente fabricada es el bureche, ya de tipo no fermentado sino destilado y que constituye una variedad de aguardiente blanco.

Estos pueblos son tradicionalmente grandes navegantes, gracias en gran medida a la navegabilidad de los ríos y caños. Utilizan canoas provistas de remos y de varas para permitir su desplazamiento. Las canoas pueden ser de diversos tamaños, e incluso las más pequeñas tienen una estabilidad a toda prueba. Esto, complementado con el manejo experto por parte de los arahuacos, permite que el desplazamiento ocurra sin exponerse a grandes peligros de volcamiento o de inmersión.

En cuanto a la vestimenta, actualmente no se usan con frecuencia los guayucos y camisones tradicionales, ya, prácticamente, toda la población arahuaca se viste de criolla, lo que les ha creado nuevas necesidades. Estas han transformado forzosamente la economía tradicional en una economía cada vez más dependiente. La cual se basa en gran medida en la realización de obras públicas en cada lugar, la construcción de plazas, calles y aceras, la limpieza y mantenimiento de los pueblos, diversos empleos en las medicaturas, escuelas, prefecturas y otras instituciones. Los puestos mejor pagados –entre los subalternos, claro está– son los de maestro, enfermero y policía, los cuales están propiciando el surgimiento de pequeñas clases medias o «burguesías» locales. También la actividad del comercio prolifera con una participación indígena amplia, aunque de poca jerarquía. Los trabajos y cargos claves, así como la actividad privada mejor retribuida y la que mayor beneficio económico rinde, tienden a estar en manos de gente muy mestizada o criolla, eventualmente de migrantes de países vecinos tales como Brasil y Colombia, y hasta de tierras lejanas como Europa o el Medio Oriente.

5. Cultura no Material

Entre estas poblaciones arahuacas quienes mejor conservan las formas tradicionales de vivir y su cultura ancestral son los curripacos. Ellos suelen estar, además, más distantes de los centros poblados como San Fernando de Atabapo, Maroa, San Carlos de Río Negro. También es cierto que los curripacos, aún cuando preservan intacta su lengua nativa al contrario de lo que ocurre con casi todas las etnias arahuacas de la zona, han sido sin embargo convertidos en gran parte a la religión evangélica. Los misioneros de

las Nuevas Tribus son sumamente radicales e impositivos en la erradicación de sus costumbres, incluyendo las danzas, los mitos, las canciones, las actividades y rutinas tradicionales. A tal punto que los curripacos se ven forzados a abandonar y olvidar sus manifestaciones, so pena de caer en una situación vergonzante de sanciones de carácter religioso por parte de los pastores norteamericanos y los mismos intermediarios curripacos, quienes también asumen funciones religiosas dentro del nuevo contexto creado por las misiones evangélicas. El carácter compulsivo de la evangelización se ve a las claras, y los conflictos psíquicos o de otra naturaleza que se crean aparecen muy evidentes. Esto se presenta ante todo en comunidades curripacas y piapocas, y en menor medida en las demás a donde prácticamente no ha llegado, o ha llegado sólo en forma incipiente o subalterna, este tipo de evangelización. Las misiones católicas no han creado tantos traumas de esta índole. En la actualidad, más bien favorecen la conservación y estímulo de las manifestaciones culturales autóctonas y auténticas de estas poblaciones: Incluyendo sus idiomas que en muchas partes están deteriorados o perdidos. Sin embargo, históricamente la religión católica ha tenido una influencia formidable, sobre cuya magnitud y características leamos un extracto de la Tesis de Licenciatura titulada «La problemática Indígena Venezolana vista a través de una comunidad Amazonense» de Egle Neri, Nelly Paz y Eneida Ramírez: (pág. 147)

«En conversaciones acerca de los héroes o divinidades impuestas por los representantes de la religión nacional oficial, se nos abrió aún más el camino hacia su propio mundo religioso cuando se «parigualaban» con los héroes míticos autóctonos, apareciendo en Jesús llamado Nápirúli y una Virgen María con el nombre de Puméyawa. Jesús es algo así como Nápirúli, es bueno, está allá arriba, nos da las cosas buenas, es el príncipe del mundo, nos cuida de los truenos. Puméyawa es como la virgen María que es buena, que es la madre de todo el mundo, es una mujer muy bella que hizo los pájaros de colores, es la compañera de Dios, bonita como la Virgen María. Katsiimánali es el diablo, es el malo y castiga cuando uno se porta mal».

«Y coexistiendo con estos héroes míticos, pertenecientes a la época anterior o «antigüeros», aparece la figura mítica de Venancio Camico, héroe perteneciente a la generación anterior a los fundadores del poblado de Marurucu. Según se nos informó, era un viejo baniva... que tenía algo de Dios. Vivía en Maroa y era conocido por todo el mundo. El nos dijo cómo hacer el conuco y nos dijo que no debíamos ir al conuco, ni los viernes, ni los domingos, él tenía algo de Dios... y nosotros por eso no vamos esos días al conuco, porque esos días son para descansar, porque si no el conuco se pone malo... Todos lo querían, pero a los «racionales» les entró envidia y por eso una vez lo metieron en un cajón amarrado sin comida... y lo llevaron a Maroa por el río remando diez días encajonado para ver si era verdad que sabía. Cuando llegaron vieron que estaba vivo. Entonces empezaron a respetarlo y a tenerle miedo... y lo reconocieron como un hombre que tenía algo de los dioses...»

El ciclo de vida de estas poblaciones abarca las etapas de la infancia —el nacimiento se celebra con ceremonias como el corte del cordón umbilical

aproximadamente equivalentes en las distintas culturas–, la pubertad –ésta comienza con las ceremonias de iniciación a las que hemos aludido– y por el resto de sus vidas las persons permanecen en la edad adulta. Se casan en matrimonio actualmente de carácter monógamo: Solamente entre los curripacos se notan todavía matrimonios con una poliginia moderada que tampoco pasan de dos esposas, mientras que en el resto de la población las uniones son de tipo monogámico y estable.

Las personas ancianas –a pesar de la aculturación– son sumamente respetadas y reverenciadas. Esto se comprende claramente por ser ellos –los «antigüeros»– depositarios de todo el saber ancestral y particularmente del conocimiento de índole curativa. Es necesario precisar que la etnomedicina de estas poblaciones, aún no suficientemente estudiada, comporta la utilización de gran cantidad de yerbas medicinales y técnicas curativas muy apropiadas para las enfermedades locales. El entierro en esta población ocurre en forma primaria –sin exhumación posterior del cadáver– y actualmente sus características no difieren demasiado de las prácticas criollas corrientes debido a la aculturación.

Aún cuando esa celebración no es de procedencia estrictamente indígena sino «cabocla» brasileña, las fiestas patronales de las distintas poblaciones –particularmente las de San Fernando, Maroa, San Carlos de Río Negro y Guzmán Blanco– se han hecho ya tradicionales y se realizan en forma relativamente fastuosa. Éstas se centran alrededor del árbol de la abundancia, en torno al cual los actores principales de las festividades son los jueces, los mayordomos, y otros participantes cuyos nombres genéricos han sido traducidos directamente del portugués a las respectivas lenguas indígenas habladas en la zona.

Las fiestas patronales duran varios días y lamentablemente en los últimos años se han convertido en pretexto para el consumo masivo de bebidas alcohólicas con sus consecuentes excesos e inconvenientes. La música y bailes que acompañan esas fiestas patronales, que ya se están generalizando en gran parte del Territorio Amazonas debido al predominio de la población de procedencia arahuaca, son también de origen brasileño. Se utilizan instrumentos y se tocan piezas de influencia brasileña, complementada actualmente por la influencia colombiana, la cual es también muy notoria en estas comunidades indígenas.

La guerra siempre parece haber sido poco frecuente en estas etnias, si bien sus respectivos mitos y leyendas hablan de actividades bélicas en las cuales había enfrentamientos entre los banivas y barés unidos contra los cubeos, y otras acciones que son aún vivamente recordadas por los portadores de estas culturas. Se trata, en todo caso, de poblaciones pacíficas, pero dadas a la violencia interétnica y a la agresividad expansiva. Su propia organización ajena a todo autoritarismo se presta difícilmente a la lucha consuetudinaria.

No obstante, hay que tomar en cuenta que las sanciones internas consistentes en el envenenamiento y otras acciones ejecutadas por el dañero –y aunque tienden a evitarse por conversaciones preventivas– crean una disci-

plina bastante fuerte; a tal punto que los banivas, los curripacos, y otras etnias arahuacas se hacen temibles incluso para sus propios vecinos.

En cuanto a la cosmovisión, tenemos que hacer hincapié en lo rico y variado de sus manifestaciones mitológicas y mágico-religiosas, que por otra parte no son exactamente idénticas en el seno de las diversas poblaciones consideradas. Sin embargo, una gran unidad de carácter global hace que las diversas mitologías parciales y locales puedan integrarse en un conjunto bastante armónico y no contradictorio, aunque sí muy variado y multiforme. Sus manifestaciones pletóricas de personajes, símbolos y fenómenos sobrenaturales vuelven inmensamente complicado hasta un tratamiento somero de este mundo mítico-mágico-religioso tan rico. Es una cosmovisión que trata de dar cuenta con tanta precisión de la naturaleza terrestre como de los astros del mundo cósmico: Nada de lo que rodea al humano se le escapa. No obstante, nos limitamos a nombrar a ciertos personajes claves como Nápirúli, el Dios creador de los arahuacos que recibe distintos nombres, como por ejemplo Napírrikuli entre los curripacos. Al lado de este Dios creador –personaje imponente de gran capacidad interventora en los asuntos de los humanos– está su hermano menor Dzúuli. Tenemos luego al personaje mítico contrapuesto a Nápirúli, el cual es Katsímánali, Dios del Mal y espíritu negador. De acuerdo a la mitología de estos pueblos, Katsímánali fue muerto por Nápirúli, quien según la versión baniva lo mandó a quemar en una hoguera. Veamos ahora cómo se estructura, según las más recientes investigaciones, el Panteón Guarequena, representativo de la teurgia de todos los arahuacos del Río Negro. Al efecto transcribiremos un pasaje de la «Mitología Guarequena» de Omar González (Tomo I, pág. 64).

«Divinidades Principales:

1. AMÁLUYAWA – Primera mujer.
2. MASÍKAPURU – Primer hombre (sin culo).
3. NÁPIRULI o INÁPIRRIKULI – Dios-Creador.
4. MÁPIRRIKULI. – Diosa-esposa del NÁPIRULI, también se le llama KÚWE-JABUSI (Madre de KÚWE).
5. KUMAJÁIKU – Hermana de MÁPIRRIKULI, Madre de todos los Palos.
6. KÚWE – Cría del NÁPIRULI que reina en el mundo de los hombres.
7. DZÚULI – Primer hechicero-brujo.
8. UNÉ – Otro hechicero; se dice que era tan travieso como DZÚLI.
9. PUMÉYAWA – Princesa-Diosa.
10. KUÁMASI – Hijo de la PUMÉYAWA.
11. ÉLIYAWAU – Suegra de TUÁTUAPIJMÉLI.
12. ÁLE – EL DIA, esposo de ÉLIYAWAU.
13. BÉMI – Dios de la Noche.
14. TUÁTUAPIJMÉLI – Yerno de ÁLE, Descubridor de la primera planta de Yuca, Madre de todas las matas.

15. JMÁNAYAWA – Mujer de TUÁTUAPIJMÉLI, hija de ÉLIYAWAU (también significa mujer pobrecita o desgraciada).
16. DAWÁSI – Pariente de NÁPIRULI.»

Hay luego las figuras de encantados y de «salvajes», como en tantas otras mitologías. En el caso de estas culturas el encantamiento tiene su máxima expresión en los mitos acerca del Máwali, cuyo prototipo no es privativo solamente de estas poblaciones. Esta forma de encantamiento se realiza mediante el contacto de ciertos seres sobrenaturales o intermedios con personajes humanos. Éstos son arrastrados a un mundo extrasensorial donde permanecen cierto tiempo al cabo del cual pueden volver al espacio terrestre, pero con limitaciones que los hacen muy distintos del resto de los mortales.

Algunas de estas figuras míticas se relacionan a veces con petroglifos del lugar. Tal es el caso de uno que representa a Dzúuli, según los banivas, en vista de su gordura: Es un dibujo viejísimo que se encuentra a orillas del caño Aquí.

Aparte de su gran riqueza de mitos y narraciones, estos pueblos poseen una producción musical que tiene fines rituales y se concreta en actividades ceremoniales, tales como la fiesta del *dabúkuli* o fiesta de la manaca. Allí se tocan instrumentos musicales propios de estas culturas, entre los cuales las más características son las grandes flautas «yapúlulu» de bambú, acompañadas por cantos en que se nombran y se describen sobre todo las diversas especies animales relacionadas con la subsistencia tradicional de estos pueblos. Así como sus mitos, tabúes y encantamientos.

6. Situación actual y prospectiva.

Como hemos dicho varias veces en el curso de esta exposición, el efecto aculturativo de la población criolla –y occidentalizada en general– sobre los arahuacos rionegreros ha sido grande. El proceso arranca de fines del siglo XVIII, y después de esa fecha no encuentra mayor resistencia entre los banivas, barés, guarequenas y otras poblaciones arahuacas, aún cuando sí se nota un apego cualitativa y cuantitativamente mayor a sus tradiciones entre los piapocos y los curripacos.

Ya con la fundación, a fines del XVIII por Solano, de las poblaciones de San Carlos de Río Negro y San Fernando de Atabapo, se crean las bases para una transformación sensible. A todo lo largo del siglo diecinueve y más aún en el siglo veinte, se da una serie de cambios de tipo ecológico, económico, ideológico y lingüístico. Ya en algunas etnias y sectores –sobre todo entre los barés– se hace cada vez más difícil el reconocimiento de las características culturales propias. A esto debemos añadir que la dictadura perezjimenista prohibió terminantemente el uso de las lenguas vernáculas en toda el área.

Aún se conservan en las partes más alejadas de los centros poblados las

habitaciones típicas de esta población: Casas en piernas, con horcones de madera y techos de palma de dos aguas, con paredes o sin ellas. En estas casas relativamente pequeñas se desenvolvían los ancestros directos de los actuales rionegreros. Pero en los pueblos observamos casas y ranchos de bahareque, y actualmente edificaciones de tipo más sólido hechas de piedra y cemento.

La población más aculturada entre todas es indudablemente la etnia baré, seguida de cerca por los guarequeñas y banivas, algo menos aculturados. Los barés prácticamente no conservan su idioma. Solamente en la generación más anciana existen hablantes de esta lengua, en número cada vez menor. La gran mayoría de los adultos y jóvenes ni siquiera están en condiciones de entender conversaciones en baré, ya que este es utilizado sólo entre los pocos viejos que lo hablan exclusivamente entre sí, mientras que a los miembros menores de su familia se dirigen invariablemente en castellano.

En cuanto a la economía, el proceso de aceleración de la dependencia ha involucrado todos los mecanismos normales en la vida nacional. También las actividades político-partidistas, la vida institucional y la expansión de la religión católica se han producido un poco al estilo de lo que acontece en el resto de Venezuela.

Sin embargo, hay que anotar que esta desintegración paulatina –y a veces rápida– de los últimos años y décadas en la zona del Río Negro ha llevado a una represión –y casi supresión– de las identidades étnicas originarias. Esto a su vez ha hecho difícil, si no imposible, el mantenimiento de las comunidades en tanto entidades estables. Ha traído no solamente el abandono de las fuentes tradicionales de la economía sino que ha promovido una migración escalonada: Primero a partir de los pequeños caseríos y sitios aislados hasta los pueblos como San Carlos, Maroa y San Fernando, sobre todo a este último por ser el centro poblado de mayor importancia. Posteriormente una parte de los migrantes a su vez –sobre todo los jóvenes en edad de recibir educación media– se dirigen con sus familiares a Puerto Ayacucho, donde tratarán de terminar sus estudios y dedicarse a actividades remuneradas que en su mayor parte dependen del Ejecutivo y otras dependencias gubernamentales, y en menor grado del sector privado.

Uno de los factores de mayor distorsión de la economía ha sido a principios de siglo la explotación del caucho, del balatá y posteriormente la del pendare (chicle) y del chiquichique. Ello convierte a los indígenas curripacos, banivas y guarequeñas en los seres más inmisericordemente explotados de toda la realidad económica venezolana. Los empresarios y comerciantes del chiquichique y otros productos selváticos suministran al indígena ciertos objetos de consumo e instrumentos de trabajo a manera de anticipo o de avance, todo lo cual se convierte en deudas que los trabajadores tendrán que abonar con los productos extraídos de la selva, los cuales son pagados a voluntad del contratista. Tanto los instrumentos de trabajo como los alimentos enlatados, las ropas y otros productos se contabilizan a un precio altísimo que es imposible retribuir mediante la explotación de los recursos selváticos. Ello se agrava por el hecho de que esos productos hay que ir a buscarlos na-

vegando a través de los caños o recorriendo a pie distancias interminables. Ese trabajo requiere un gasto enorme de energía y una cantidad considerable de tiempo. Luego de semanas y meses de labor tesorera y de fatiga, esos productos se les entregan al criollo o al extranjero que elaboró el «convenio». El pago ocurre de una forma tan desventajosa para el indígena que a éste muy pocas veces le toca recibir dinero en efectivo. Siempre se queda endeudado y su deuda puede transferirse a sus descendientes, en virtud de este intercambio desigual que sólo reconoce un valor ínfimo al producto de la selva —el chiquichique y el pendare— frente al alto precio atribuido al suministro en especies entregado por los comerciantes en calidad de avance. Se ha querido aliviar esa situación insostenible a través de la creación de cooperativas y la puesta en práctica de otras medidas oficiales. Sin embargo, hasta ahora poco se ha logrado para acabar con esa terrible superexplotación, que mantiene la mano de obra indígena en condiciones de semiesclavitud.

Todo nos parece indicar que la aculturación forzada —aunque nos parezca natural por la cantidad de tiempo ya transcurrido— sólo ha conducido a la desestabilización de la región, a una progresiva disgregación de las organizaciones autóctonas, a la creciente migración y marginalización del indígena rionegrero. Por tanto no es de extrañar que en los últimos años se haya producido una multitud de movimientos tendientes a revitalizar tanto las formas culturales y comunales como los respectivos idiomas y literaturas orales de estas poblaciones. Los curripacos siempre han conservado bien su idioma; pero en lo que respecta a los banivas y guarequeñas, los movimientos de revalorización de estas manifestaciones se han hecho sentir de manera especial en los últimos 15 años. Ya en el seno de estas poblaciones se ha hecho una preocupación cada vez más consciente y constante la necesidad de reabrir los canales de comunicación generacional entre los ancianos poseedores de sus idiomas y culturas —de todos sus códigos ancestrales— y las generaciones de menor edad, ante todo los niños comprendidos entre los tres y los diez años. Son estos últimos quienes están mejor equipados para aprender estos idiomas sin errores, para hablarlos con buena fonología y sintaxis, para captar sus matices sin mayor dificultad. También entenderán mejor las manifestaciones más características de sus propias organizaciones socioculturales, y asimilarán sus aportes en una forma tal que sean compatibles con las transformaciones surgidas —y ya irreversibles— en el seno de estos pueblos. Se aspira a que tales iniciativas conduzcan a una reorganización y a una mayor estabilización de estas comunidades que actualmente están a punto de sucumbir: Ya por consecuencia de la apatía inducida por una inactividad producto de la pérdida de toda motivación; ya por la cesación de las actividades que signifiquen un mínimo de autosubsistencia, y de las posibilidades para mantener la confianza en su propia vigencia a través del tiempo. Y es evidente que sin la necesaria continuidad histórica serían vanos los esfuerzos para lograr una calidad de vida mejor en el seno de dichas comunidades, para no tener que migrar en busca de nuevos horizontes ni abandonar casi compulsivamente su propio medio-ambiente ancestral.

Se han comenzado a realizar ensayos educativos basados sobre todo en

iniciativas de tipo pre-escolar, en que se ha puesto en contacto a las generaciones mayores con las menores, a los más viejos con los más jóvenes.

De esta manera se han reproducido informalmente algunos hablantes de las lenguas en extinción. Las nuevas generaciones ya cuentan para ello con el interés de algunas autoridades regionales y nacionales. Últimamente, los misioneros salesianos de la región están tomando parte activa en los programas de revitalización de las lenguas y culturas de los barés, banivas y guarequeñas.

Con respecto al grupo étnico yavitero, tanto el idioma como la etnia enfrenta una situación mucho más difícil, por cuanto los yaviteros fueron prácticamente exterminados en la época de Funes. En la actualidad sólo esporádicamente se consiguen descendientes de yaviteros, tanto en Venezuela como en Colombia. Conocemos la existencia de una sola hablante que verdaderamente está en condiciones de informar sobre su lengua o de transmitirla de alguna manera a sus descendientes. El caso de la etnia yavitero es más crítico que el de los propios baré, entre quienes también escasean los poseedores de su idioma y cultura.

Sin embargo a menos que deseemos asistir al despoblamiento rápido de toda esta zona, es absolutamente necesario reorganizar desde adentro todas estas comunidades, proveerlas –siempre en términos autogestionarios– de una agricultura que por una parte conduzcan de nuevo a la autosubsistencia por lo menos parcial de los rionegreros, y por la otra ayude a proveer al resto del Territorio Federal Amazonas de los productos agropecuarios de mayor importancia y utilidad.

Aparte de esa reorganización de tipo agrícola, se deben instaurar artesanías para las cuales hay buena disposición y perspectiva de factibilidad. También es posible reforzar las actividades conducentes a la creación de pequeñas industrias, racionalizar la explotación del chiquichique y del pendare, y realizar todo aquello que haga menos dependientes a estas poblaciones del paternalismo del gobierno por un lado y de la explotación esclavizante por el otro.

Si esto no cristaliza, la emigración indiscriminada y el deterioro de los caseríos –y aún de los pueblos tales como Maroa y San Carlos de Río Negro– van a continuar de una manera evidente e incontenible. Podría llegarse fácilmente al extremo de que la casi totalidad de los pobladores rionegreros actuales, que no son muchos, se volcaran sobre Puerto Ayacucho. Como ya se ha volcado un gran número de familias, de tal suerte que el mayor sedimento criollo amazonense lo constituyen precisamente los descendientes directos de los miembros de las etnias baré, baniva y guarequeña.

Insistimos –y no percibimos otra alternativa real– en que para recuperar estas comunidades es necesario volver, en una forma dinámica por supuesto –no exclusiva ni rígida– a las formas de organización y comportamiento tradicionales, codificadas a través de las lenguas arahuacas locales. Para lo cual es necesaria la implementación de verdaderos sistemas de educación intercultural bilingüe, tal como ya ha sido anunciada por las políticas indigenistas oficiales del Estado venezolano. Solamente con la recuperación de la conti-

nidad histórica entre la tradición y el presente es posible elaborar el futuro de esta región. *De otra manera no podemos asegurar la permanencia de los pocos millares de habitantes que aún viven en la zona por mucho tiempo más:* Inclusive en la medida en que permanezcan en su sitio, seguirían siendo un conglomerado dependiente, apático y de difícil movilización para efectos de la planificación de su propio porvenir. Es importante agregar que la aparente criollización de esta población no nos impide captar las claves de la verdadera identidad y la etnicidad actual de los habitantes del Territorio Federal Amazonas. Más aún, nos permite conocer el proceso de conformación del pueblo venezolano a partir de sus orígenes y sus ancestros indígenas hasta hoy en día.

Sucedo que actualmente el amazonense –bien sea el nativo de Puerto Ayacucho, de San Fernando de Atabapo o de cualquier parte del Territorio– se siente participe de una identidad regional muy fuerte, independientemente de que hable o no una lengua indígena, de que sea catalogado como indio o como criollo. O que se le diga, según la nomenclatura usada en la zona, racional o irracional, ya que en el Amazonas –como en todo el Sur de Venezuela– se usa el término «racional» para referirse al no indígena. Es sentimiento generalizado entre los amazonenses el considerarse una colonia interna de Venezuela: El nativo del Amazonas se siente colonizado por el poder centralizador del Estado venezolano.

Tal sentimiento regional tiene sus raíces en el basamento indígena que ha dado origen a la mayoría poblacional hasta de la ciudad de Puerto Ayacucho. Ahora bien, hemos dicho que ese sedimento indígena coincide con el *sedimento arahuaco*, al cual hemos hecho referencia a través del presente trabajo. Los descendientes de barés, guarequeñas y banivas que pueblan originalmente los caseríos del Amazonas –incluyendo los que actualmente agrupan a la población criolla de esta entidad federal– configuran precisamente esa base demográfica de pueblos aborígenes aculturados, criollizados, transformados e incluso hispanizados en gran medida, bien sea bilingües o hablantes exclusivamente del castellano. Durante los siglos diecinueve y veinte se produce un fuerte mestizaje. Llegan al Amazonas gobernadores, militares, prefectos, comerciantes, una cantidad de hombres y algunas mujeres procedentes del resto de Venezuela. Se les suman brasileños, colombianos y otros extranjeros entre quienes se cuentan italianos, árabes, españoles y nacionales de otros países. Todos se mestizan, en gran medida, con el descendiente del indígena fundamentalmente arahuaco.

Pero es evidente que la matriz poblacional se encuentra en ese descendiente directo de los arahuacos. De manera tal, que los venezolanos y extranjeros de origen no amazonense, al casarse o unirse con mujeres y a veces con hombres descendientes de las etnias arahuacas, no modifican radicalmente sino que vuelven más compleja la plataforma étnica, sin que esta pierda continuidad y sin que se elimine el sentido y el sentimiento de colonización interna.

La relación societaria que prevalece sitúa al Estado venezolano como centro y al Territorio Amazonas como periferia. Se reproducen así –a nivel

interno— todos los esquemas de dependencia que atan nuestros países latinoamericanos a los centros hegemónicos de Europa y Estados Unidos. Es curioso observar ciertos testimonios de indígenas banivas según los cuales los dueños del pueblo de Maroa no son precisamente los banivas sino los inmigrados o «importados». Aquellos son los que vienen de otras partes y a veces terminan casándose con mujeres banivas, pero que durante ese proceso se mantienen como verdaderos dueños de los pueblos y poseedores de las mayores riquezas de la región. Por otra parte, muchos «importados» jamás echan raíces en el suelo amazonense.

Esa ascendencia baniva y baré —arahuaca en general— de la mayor parte de las familias de Puerto Ayacucho, y de los criollos del resto del Territorio, no se descubre con facilidad. Antes hay que pasar por una etapa de acercamientos, de conversaciones y de intentos de adquirir una confianza mutua, para que los descendientes de arahuacos se descubran como tales, a fin de que hablen de sus padres y de sus abuelos. De quienes hablaban sus lenguas —a veces dos o más lenguas étnicas— y eran miembros plenos de estas etnias, mientras que ellos —los de la nueva generación— son aparentemente criollos parecidos a los de cualquier otra parte de Venezuela.

La barrera de vergüenza étnica que hay que atravesar es bastante poderosa. Muchos hijos y nietos de barés o banivas dicen sólo dificultosamente quiénes son sus progenitores inmediatos, cuál es su filiación étnica y cómo son sus manifestaciones culturales. Ya que les ha sido inculcado y enseñado que esos antecedentes culturales es preciso olvidarlos y no considerarlos para nada. No obstante, ellos en el fondo se sienten perfectamente identificados como descendientes directos de indígenas. Y en la medida en que los mismos amazonenses logren recuperar el conocimiento y la justa valoración de sus propias culturas y lleguen a conocer algo más acerca de sus lenguas maternas casi olvidadas, se nos facilitará la creación de un nuevo modelo de desarrollo para el Amazonas.

Éste, indudablemente, no puede ser el desarrollismo; no debe ser la destrucción de las selvas y los ríos. Y menos aún la supresión de las comunidades como tales, con sus modelos agrícolas milenarios cuya importancia y pertinencia para esos ecosistemas consiste en su significación vital para la preservación de las especies vegetales y animales, y para evitar todo tipo de erosión irreversible.

El conocimiento del origen de la actual población criolla amazónica también nos proporciona uno de los mejores instrumentos para la reinterpretación de las raíces indígenas del Territorio, ya en términos futuristas y tomándolas en cuenta para toda planificación regional. Al mismo tiempo nos sirve, muy ventajosamente, para comparar este proceso con otros similares ocurridos en el resto del territorio nacional, y que solamente en los últimos años están siendo descubiertos e interpretados en forma debida. El conocimiento del sedimento arahuaco del Río Negro nos da la clave para el presente y el futuro del Territorio Amazonas, abriéndonos nuevas alternativas de desarrollo y progreso autónomas e independientes.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- ALVARADO, Lisandro: *Datos Etnográficos de Venezuela*, Ministerio de Educación, Caracas, 1956.
- Economía y Ciencias Sociales*; Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Caracas, Julio, Septiembre, 1968.
- Economía y Ciencias Sociales*; Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela, julio-septiembre 1980.
- GONZÁLEZ ÑAÑEZ, Omar: *Los Guarequenas*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1972 (mimeografiado).
- GONZÁLEZ ÑAÑEZ, Omar: Mitología Guarequena. Instituto Agrario Nacional (mimeog.) *La Iglesia en Amazonas*. Revista del Vicariato Apostólico de Puerto Ayacucho. 1980. Números 5 y 6.
- LÓPEZ SANZ, Rafael: *El Baré. Estudio Lingüístico*. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1972.
- MATOS ARVELO, Martín: *Los Banivas*, Barcelona, España, 1912.
- NERI, Eglée, Nelly Paz y Eneida Ramírez: La Problemática Indígena Venezolana vista a través de una Comunidad Amazonense. Universidad Central de Venezuela. 1975. (Tesis de grado mimeografiada).
- TAVERA-COSTA, Bartolomé: *Río Negro*. Ciudad Bolívar, 1906.